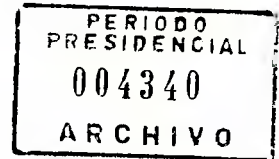


RANCAGUA, Marzo 3 de 1991

Señor
Patricio Aylwin A.,
Presidente de la República.
SANTIAGO.



Estimado señor Presidente:

A pesar de haber sido toda mi vida un ciudadano consecuente, responsable y honesto, por asuntos de poder, en dos oportunidades, me jugaron malos momentos, a lo que no he podido encontrar justificación alguna, siendo estas las razones de estas modestas líneas.

En mi juventud apoyé las necesidades de mi joven hermana, prematuramente viuda, dos hijos, logrando fueran profesionales: uno Ingeniero Agrónomo y el otro un prestigioso abogado, actual Jefe del Departamento Legal, Codelco-Chile, División El Teniente.

Formé mi hogar a los 35 años (1949), tres hijos. En 1970 en reconocimiento a mi abnegada labor fui transferido a Santiago. Oficina matriz del cobre, con grado 12 y con proyecciones al grado máximo, como Cajero de esa empresa. El Vicepresidente de esa época, una vez nacionalizado el cobre, al tener conocimiento de mis ideales Demócrata Cristiano, sin tener razones valederas puso término a mis servicios exigiéndome la renuncia.

Mis tres hijos, dos de ellos en edad universitaria, para sacarlos adelante el Presidente Frei me ayudó para que la I. Municipalidad de Providencia autorizara la instalación de un kiosco. Me fue bastante bien, pero llegó el golpe militar y me suspendieron el permiso. Había que enfrentar tal adversidad y tuve primero que vender mi auto, y como los gastos aumentaban vendí mi comfortable departamento comprado al doctor Mario Alessandri R., edificio Canada, después vendí mi regio chalet en Montaner 544 B, a una cuadra donde residia el recordado Presidente Eduardo Frei Montalva.

Mis hijos lograron ser profesionales: Hernán, Sociólogo y Erika, Sicóloga, actualmente en EE. UU., y traductora en Inglés, Español y Francés.

Por mis estrecheces me regresé a Rancagua a una modesta vivienda, casa ésta que adquirí a los 15 años para brindarle a mi madre una morada a fin que se sintiera protegida.

Ahora me apena que después de tanto luchar tenga que enfrentarme a una vejez nada alentadora, ya que con mi pensión no puedo cubrir gastos de medicamentos o consultas médicas para mi esposa ya un tanto resentida.

Estas han sido las razones dejar un escrito en el Palacio de La Moneda, en manos del señor No^{voa}, al parecer Secretario para tales asuntos, y como no he

11/3/91
lo recibí
el 12/3
en la oficina

tenido noticias de sus resultados, me he permitido llegar con la presente hasta su honorable hogar.

En el cobre prácticamente pude haber trabajado hasta 1981 y haber gozado de una buena pensión calculándola en doscientos cincuenta mil pesos. Colegas que últimamente se han pensionado han llegado a esa cantidad, a pesar de retirarse con grado 9. Qué distinto a mi caso que por el capricho de gobierno, primero, de extrema izquierda, y, segundo: por otro que fue dictador, se haya perjudicado a un hombre que su vida fue conducta de una verdadera escuela de sus responsabilidades, casi no vale la pena mencionar que los pensionados de estos días, aparte de una suma considerable, han gozado de desahucio con 45 días por años de servicios que han superado los 10 millones de pesos, que paradójicamente, el mío pronto se convirtió en doscientos cincuenta pesos.

Soy un convencido que cuando un hogar es manejado con ciertas imprudencias, ese hogar se desmorona y cae en desgracia muy difícil de superar, así es también para un país cuando una parte de la sociedad productiva se destruyen los unos a los otros, es lo que sucedía muchos años que el Presidente Eduardo Frei llegara al poder, ya por esos años regía la ley del más fuerte y las Confederaciones de trabajadores ligadas a políticas de extrema izquierda junto a muchos dirigentes sindicales y políticos hacían la vida imposible al gobierno de turno, negando la sal y agua, para cosechar sus ambiciones que destrozaban día a día al país.

Menciono esto porque en 1948 fui elegido miembro del Sindicato Profesional de EE.PP. Sewell y Mina. En esa oportunidad, sin razones que avalaran una huelga ilegal, con un solo llamado por teléfono desde Santiago al Presidente Provincial de EE.PP. le ordenaron parar la actividad productiva. El suscrito considerando que no existían problemas con el gobierno ni con la empresa, mi postura fue rechazar esa ofensa a la economía nacional, argumentando duramente, que aceptar esa locura era propio de chilenos mal nacidos y que nuestro deber era construir una patria más digna y no empeñarse en destruirla ya que ella era de todos los chilenos.

Sewell rechazó la huelga, pero Caltones, Coya y Rancagua persistían en mantenerla. Grandes y valiosos fueron mis argumentos que me correspondió señalar en el Casino Braden; tuve suerte y los cuatro mil empleados reanudaron sus labores. Al poco tiempo, los macucos que perseguían ambiciones políticas, en un ardid bien planteado, me acusaron de traidor expulsándome del Sindicato, y como este tipo de huelgas siguieron sucediendo, el recordado Presidente Frei nos mantuvo 90 días parados tratando de hacernos entender que Chile no era sólo cobre y era él en quien pesaba la gran tarea de gobernar. En todas esas huelgas el perdedor fue siempre el trabajador ya que se volvía a las faenas sin un peso en los bolsillos.

En la actualidad esos mismos trabajadores reconocen que mi posición era la adecuada y, con mi modesta experiencia, le he señalado cuáles deben ser las virtudes de la persona ante sus deberes. Yo ahora les replico:

vean Uds. lo que se construyó, primero: en régimen extremo de izquierda, para caer, luego, en una cruel dictadura; resultado: 12 millones de habitantes con 20 millones de problemas.

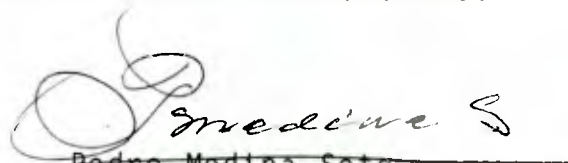
El suscrito es producto de una noble madre y de un padre, Arturo Medina Acevedo, quien nunca vio pasar a sus hijos en el camino de su vida, me obligó a trabajar desde los ocho años, casa por casa vendía calcetines, corbatas y pañuelos, y como los mayoristas me tomaron buena voluntad, agregué ropa interior, camisas y ropas de cama; trabajaba todos los días, sin descansar; me matriculé a la escuela nocturna, sin perder clases durante cinco años; según los profesores, fui el mejor y me aconsejaban estudios superiores y llegar a la Universidad; leía cuanto libro llegaba a mis manos; pagué profesor para ciertas materias, pero pretender seguir estudiando no me era posible ya que en casa éramos varios y a la madre había que darle tranquilidad.

A los 19 años ya contaba con buenas economías, mis hermanos mayores partieron y todos se superaron, todos se casaron y entre sobrinos y sobrinos nietos en cantidad de más de sesenta, no hay uno que no sea profesional universitario —destaco a uno, un brillante empresario, y otro que fue Relacionador Internacional de la Educación—.

Murió mi padre, de quien no recibiera jamás una palabra amable, lo sepulté y lo honré con algunas lágrimas, no de dolor por su partida. Sólo Dios sabe cuántos fueron sus errores.

Y aquí me tiene señor Presidente, tratando de ver todo el encanto y belleza de la vida, rasguñándole un poco de felicidad a todas mis desdichas; ahora comprendo que nunca debí trabajar en el cobre, no niego que conocí gente buena y amable, pero otras, tal vez los más incapaces fueron los vivos, porque sin trabajar un día en la empresa pasaron años revolviendo el gallinero, y se da el caso que por pagos de cuotas políticas muchos han vuelto en gloria y magestad, ocupando buenos puestos y succulentos sueldos, hago excepciones, pero si no se tiene cuidado esa polilla, que causó tanto daño, vuelve a las andadas, y como yo soy una víctima de dos regímenes que fueron fríos e indiferentes, sin optar a la presión de muchas víctimas, los verdaderos sacrificados, pido para mí, y por su intermedio, al Director de Normalización Previsional, se me impongan las imposiciones de 1971 a 1981 para sacar la pensión que bien merezco, creyendo que de usted parte destinar los items que un gobernante debe disponer para reparar injusticias a un trabajador que durante tantos años pagó sus impuestos a la renta y patrimonial; si no fuera así, no me queda otra opción que poner término a mi vida. De ese Palacio de los Presidentes de mi país debo recibir el reparo que dos locos me dañaron haciéndome vivir humillado hasta la fecha.

Cuanto deseo ser escuchado.


Pedro Medina Soto
Campos 0125
Rancagua